

Un hombre rico no generoso puede ser condenado al ostracismo, reprendido, y, por consiguiente, inducido finalmente a cambiar su modo de ser.

L. POSPISIL, 1963

E

s una realidad antropológica el hecho que en ciertas comunidades primitivas no es posible ser “un hombre rico no generoso”. En esas culturas de carácter tribal, parece imposible la convivencia entre individuos con recursos muy desiguales. Su proximidad, su dimensión, alientan una solidaridad muy básica dado que hay la certeza de que una situación con desequilibrios muy marcados lleva a medio plazo a unas condiciones muy adversas para la supervivencia del grupo.

La agricultura y la ganadería, basadas en la propiedad del terreno y que generan una economía de intercambio de excedentes, conllevaron la aparición de la propiedad privada y de las clases dirigentes que controlaban aquellos excedentes, y nos pusieron directamente en una carrera bélica por el control del territorio. Y aquí el liderazgo se tornó militar: el caudillo se convirtió en héroe, y sus gestas se igualaron con las de los protagonistas del mundo mítico y religioso.

La aparición de la burguesía y de la industrialización llevó el liderazgo al terreno del emprendedor, que tenía en su fortuna económica la visibilización de su excelente capacidad para el éxito. Y si bien hemos tenido dos siglos marcados aún por una interrelación entre la actividad bélica y la económica, nos parece claro que, cada vez más, el tardocapitalismo se encuentra más cómodo en las economías de paz que no en las dinámicas de la violencia. Incluso su propia sociedad civil da muestras contundentes de ello, como la jornada mundial contra la guerra que, de un modo global y a medida que el sol iba iluminando los diferentes meridianos, fue celebrándose desde Sidney hasta San Francisco el día 15 de febrero de 2003.

Y en esa sociedad con voluntad pacífica, la violencia mantiene su rostro tras las desigualdades sociales. Mientras que en el mundo de los años 60 había un rico por cada 30 pobres, en nuestra década hay uno por cada 90.

Y esa pobreza se nos aparece con rostros similares tanto en países lejanos como en la calle de al lado, incluso nadie está a salvo de incorporarla en su propia biografía.

La salud, la alimentación, la educación y la cultura son los cuatro pilares sobre los que una auténtica igualdad ha de sostenerse. Y en esta coyuntura global seguramente no nos podemos permitir ser hombres ricos no generosos.

Ahora bien, suele ser un comentario inevitable ante la información de donaciones generosas por parte de grandes potentados, el minusvalorar su gesto con las aportaciones propias de nuestras sospechas. Nos cuesta aceptar el carácter modélico y bondadoso del altruista. Inmediatamente rebajamos su calidad aduciendo historias de la dudosa moralidad de los negocios de esos personajes, de su voluntad de lavar su imagen y tranquilizar su conciencia, de su

“Nos cuesta aceptar el carácter modélico y bondadoso del altruista”

posible doble moral. Ninguna contradicción que nosotros mismos, a nuestra escala, no tengamos. Pero el ser contradictorios no puede suponer un freno a nuestra acción, y menos una posición de desmovilizador social ante posibles ayudas a los más desfavorecidos.

Que una conocida fundación tenga unos activos de 60.000 millones de dólares no es algo que se pueda minusvalorar. Esa cantidad es aproximadamente la misma que Lester R. Brown calcula como suficiente para hacer un plan de choque global a la salud, alimentación y educación de los más desfavorecidos y así equilibrar mínimamente el planeta desde un punto de vista social.

Debemos volver a tener el sentido de aldeanos de una aldea global, donde nada nos sea ajeno y desde nuestro propio nivel de riqueza ser generosos. Como empresas, como individuos, como administraciones democráticas a las que también debemos presionar. Y pensar como Andrew Carnegie, quien opina que en un mundo como el nuestro “morir rico es morir desgraciado”.

